

El verdugo.

El sol acaricia mi piel y la agradable brisa marina me golpea el rostro. Sentada en la reposera de una playa en Atenas, leo una de mis novelas favoritas de romance. A mi lado, mi esposo, Antonio, duerme plácidamente en su reposera. Nos casamos hace tres días y estamos de luna de miel en Grecia. A la boda sólo asistieron mi madre, sus padres y su hermana, Laura. Quisimos hacer la ceremonia lo más íntima posible. Además, la fiesta fue sencilla porque queríamos gastar el poco dinero que teníamos en la luna de miel.

Conocí a Antonio diez meses atrás en una fiesta. Hablamos toda la noche e intercambiamos números antes de despedirnos. Unos días después, quedamos para vernos otra vez y, al mes de conocernos, ya estábamos saliendo oficialmente. Resultó ser que era hermano de Laura, una chica que conocí en un evento de literatura hace dos años.

Antonio trabaja en una oficina de abogados. Después de que termina su jornada laboral, caminamos juntos por el parque comiendo las castañas asadas que compramos en el camino mientras contamos cómo nos fue en el día. Nos comprometimos a los seis meses de ser pareja y aquí estamos, disfrutando de nuestra luna de miel.

Después de estar tanto rato en la playa, me ruge el estómago.

— Antonio, — lo llamo— son casi las cuatro. Vamos a comer algo al restaurante del hotel.

—¡Ay, Carmen! Siempre con hambre — se queja antes de incorporarse y recoger nuestras cosas. Divertida, tomo mi libro y le doy un corto beso en los labios.

Caminamos hacia el hotel y nos cambiamos de ropa. Yo llevo un vestido verde que me llega a los talones, el preferido de mi esposo, con unos tacones altos. Un hermoso collar de perlas que me regaló mi suegra por Navidad descansa en mi cuello. Me acerco al espejo para retocarme mi labial rojo, el toque final para mi atuendo. Detrás de mí, Antonio se abotona la camisa. Levanta la mirada hacia mí y sonrío.

— Estás muy guapa hoy, cariño. Ese labial te queda fenomenal.

— Gracias, tú también te ves muy bien. Lindo collar, por cierto.

De su cuello cuelga un sencillo collar de cuero con sus iniciales grabadas en madera. Se lo regalé cuando cumplimos dos meses de novios. Le gustó tanto que no se lo ha quitado desde entonces.

Me dedica una pequeña sonrisa y se dirige a la puerta de la habitación. Me aplico mi perfume detrás de las orejas y en las muñecas y me apresuro en seguirlo.

Una vez sentados en la mesa del restaurante, ordenamos la comida. Él pide un filete acompañado de un puré de zapallo y yo; pasta con pesto y tomates. Ordena también un vino tinto y, para mí, una limonada porque no bebo alcohol. Cuando llega la comida, Antonio exclama:

— ¡Esto se ve delicioso! Y huele increíble.

Nos apresuramos en probar la comida y asiento con aprobación. Está riquísimo. Él toma un sorbo de su copa antes de decir:

— Sabes, disfrutando de esta comida en un lujoso hotel de Grecia, con la persona que más amo en esta tierra, puedo decir que soy el hombre más afortunado del mundo. Amo estar aquí, pero no puedo esperar a llegar a casa y empezar mi vida contigo. Y, más adelante, formar una familia juntos.

Esbozo una amplia sonrisa.

— Te amo, Antonio.

— Yo más, *mon amour*.

Seguimos comiendo en silencio. De repente, vibra el móvil de mi esposo. Le echa un vistazo rápido y se pone rígido. Lo guarda en su bolsillo y toma un sorbo de vino con la mirada fija en el plato. Sigue comiendo, pero lo noto tenso.

— ¿Estás bien, cariño? Estás pálido, puede que tengas fiebre. Hace un rato estabas de lo más bien y ahora parece que hubieras visto un fantasma. ¿Es por el correo que recibiste? ¿Paso algo en el trabajo? Recuerda que siempre puedes contarme.

— No es nada, Carmen. Sólo un asunto sin resolver que fue hace ya mucho tiempo, nada de lo que preocuparse. Es que me sorprendió, eso es todo —. hace una pausa antes de añadir— ¿Cómo supiste que recibí un correo?

— En realidad, no lo sabía. Tal vez fue mi intuición. En todo caso, ¿De quién era el correo?

Suspira y aparta la vista.

— Ese es el problema. No sé quién me lo envió. No puedo ver su dirección de correo. Tampoco puedo rastrearlo. Cada vez que lo intento aparece como si no existiera su correo. En fin, ya me ocuparé de eso. ¿Pedimos la cuenta?

Una vez que pagamos la cuenta, subimos a nuestra habitación. La estancia es increíble: hay un enorme ventanal con vistas al mar, en el baño; una tina ideal para darse un largo baño de burbujas y una enorme cama matrimonial en el medio de la habitación. Hacer una boda sencilla para usar el dinero en la luna de miel valió totalmente la pena.

Al llegar, Antonio se desploma sobre la cama, agotado. Yo ordeno un poco la habitación porque mañana volveremos a casa y tendremos que salir temprano. Mi esposo trajo una maleta enorme que fue llenando con más cosas durante el viaje: regalos para sus padres y su hermana y objetos para nuestro hogar. Yo, en cambio, traje sólo lo necesario en una maleta pequeña. Suena mi móvil y respondo al mensaje de texto rápidamente.

— ¿Quién era? —pregunta Antonio.

— Tu hermana. Me ha preguntado qué tal el viaje y le mandé las fotos que tomé hoy en la playa.

Asiente con la cabeza. Se levanta de la cama y enciende la radio. Me sonrío y me ofrece su mano para bailar.

— Vamos, Carmen. Un último baile en nuestra luna de miel.

Me mira con sus hermosos ojos verdes y acepto su mano, encantada.

— Será un placer.

Bailamos lentamente a la luz del atardecer mientras sonaba “*Fly Me To The Moon*” en la radio. No dejamos de bailar cuando me dice:

— En este momento, bailando contigo, soy tan feliz que podría morir en paz.

Sonríó ante sus palabras y apoyo mi cabeza en su hombro.

Más tarde, cansados de tanto bailar, nos sentamos en el sillón. Antonio sugiere que ordenemos bebidas al servicio de la habitación. Cojo el teléfono que está en la mesita y pido que traigan un licor para él y una lata de refresco para mí. Cuando tocan la puerta, la abro y recibo la bandeja con las bebidas que trae una señorita de ojos verdes muy guapa. Le agradezco con una sonrisa, asiente rápidamente y se va por el pasillo.

Vuelvo al sillón con mi esposo y le entrego su bebida. Le da un sorbo y espera un momento antes de asentir con aprobación.

—¿Qué es esto? Está muy bueno. Pareciera que eres experta en licores.

Suelto una risita.

— Es *whisky*, pero contiene concentrado de almendras, lo que le da ese sabor característico. Me lo recomendó la señorita del servicio de la habitación.

— Me encanta, definitivamente lo pediré más seguido.

Tras un rato de silencio, Antonio habla:

— Esto me recuerda a la primera vez que te invité a salir. Cenamos en un restaurante de comida italiana y luego fuimos a un bar. Me pedí un *whisky* y bailamos toda la noche.

Levanto una ceja, extrañada.

— Creí que no te acordabas. Siempre te olvidas de todo.

— ¿Cómo podría olvidarlo, Carmen? Estabas hermosa esa noche, llevabas este mismo vestido verde — da un sorbo a su bebida.

— ¿Y te acuerdas de la vez que fuimos de paseo a la playa y se descompuso el motor?

— Pues claro que me acuerdo. Tuvimos que pasar la noche en casa de esa familia irlandesa. — Deja su vaso vacío en la mesita y hace una mueca de dolor. — Mi cabeza... tal vez me mareé de tanto bailar.

— ¿Y te acuerdas, Antonio, de la vez que me dijiste que fui tu primer amor? — insisto.

Me mira, confundido.

— ¿O te acuerdas de Elena? —le pregunto con voz calmada.

Sus ojos se abren como platos. Su rostro se vuelve blanco y pareciera que va a vomitar. Una gota de sudor le resbala por la frente y empieza a retorcerse los dedos, como hace cada vez que está nervioso.

— Sí que la recuerdas. — sonrío.

— No sé de qué m-me hablas — responde con voz temblorosa.

— Claro que lo sabes, cariño. ¿O es que no te acuerdas como asesinaste a tu novia despiadadamente hace dos años porque se enteró de que robaste dinero a la oficina que trabajas y ella se negó a guardar el secreto?

Empieza a toser descontroladamente y se agarra al brazo del sillón.

— ¿Q-quié eres?

— Oh, querido. Soy Carmen, la misma que conociste hace diez meses en una fiesta. La misma a la que le pediste matrimonio. La misma que besaste en el altar el día de tu boda. ¿No te parezco familiar? Debo admitir que ocultaste su muerte demasiado bien para ser un completo inútil. Sin embargo, olvidaste un pequeño detalle. No tan pequeño, en realidad.

Me levanto del sillón y empiezo a dar vueltas por la habitación, divertida.

— Elena tenía una hermana que, por desgracia, no era tan misericordiosa como ella. Creo que ya puedes asumir quién soy.

Cae de rodillas del sillón y no para de toser.

— N-no puede ser. Ella nunca me dijo q-que tenía una hermana. ¿C-cómo es posible?

Suspiro y respondo:

— Cuando me enteré de que Elena fue asesinada, luego de que la hayas apuñalado y colgado para simular su suicidio, dediqué cada segundo de mi tiempo a elaborar el plan perfecto para vengarla. Mantener mi identidad oculta estos años no fue difícil, por lo que nunca te enterarías de mi existencia hasta esa fiesta. Ya sabes que las coincidencias no existen, todo fue planeado. Enamorar a un hombre como tú fue pan comido. ¿Recibiste mis correos con evidencias del robo verdad, cariño? Me pareció romántico. — hago una pausa antes de continuar — Además, no estuve sola. Contraté a una maravillosa actriz para que simulara ser mi madre en la boda. También recibí ayuda de alguien que conoces muy bien, que está dispuesta a ayudarme con tal de asistir a tu funeral. Cuidado en quién confías, Antonio.

Se agarra una pata de la mesita mientras se retuerce en el suelo. Toda su piel está pálida y sudorosa. Sus labios están morados y escupe espuma a cada rato. Sus ojos, inyectados en sangre, me miran con pánico.

— C-cómo t-te atreves-s.

Me acacho a su lado y pongo un dedo en sus labios.

— Shh. No hables más, cariño. No querrás perder energía en estos momentos, ¿cierto? Olvidé decirte que las grandes cantidades de concentrado de almendra que tiene tu *whisky* contienen cianuro. Lo lamento, ya sabes que no soy una experta en licores.

Suelto una risita cuando Antonio intenta levantarse antes de desplomarse nuevamente en el suelo.

— V-vete al infierno.

— ¿Esas son maneras de hablarle a tu esposa? Te diré algo, Antonio. Dios perdona; yo no. Yo no soy tan buena como lo fue mi hermana. Si debo sacrificar mi vida para verte bajo tierra, lo haré. No tengo nada ni nadie a quién perder. Y si debo morir con tal de que mueras tú también, estoy dispuesta. Porque me quitaste todo lo que tenía. Porque asesinaste a un alma tan pura como la de Elena, y pagarás por ello. — le doy un beso en la mejilla —. Nos vemos en el infierno, cariño.

En ese mismo instante, la música deja de sonar y el cuerpo de mi esposo se queda inmóvil en el suelo.

Le quito el collar que le di y lo guardo en mi bolso antes de ponerme de pie. Me acerco al tocador para retocarme el labial y, acto seguido, alguien toca la puerta de la habitación. Camino hacia la puerta y la abro. La señorita de ojos verdes que nos trajo las bebidas hace un rato me mira con una pequeña sonrisa. La dejo pasar y camina lentamente por la habitación.

Observa el cuerpo de mi esposo que yace en el suelo.

— Buen trabajo, Carmen. Yo me encargo a partir de ahora, ve a casa y descansa.

La hermana de mi difunto esposo me dedica una mirada de aprobación y yo asiento con la cabeza.

— Está bien. Nos vemos, Laura. Cuídate.

Cuando mi hermana murió, contacté a Laura, la hermana del asesino de Elena, y le hablé de mi plan. Resultó ser que ella conocía a mi hermana de la escuela y se ofreció a ayudarme a llevar a cabo mi plan. Laura nunca se llevó bien con su hermano y quería vengar a su amiga tanto como yo. Cuando me ofreció su ayuda, prometí darle parte de la pensión de viudez en recompensa. Y, cuando Antonio me preguntó, le aseguré que nos conocimos en un evento literario.

A partir de ahora, Laura se haría cargo del cuerpo de su hermano y de borrar mis huellas. También, llamaría a la funeraria para organizar el funeral al día siguiente dónde lloraríamos en los hombros de sus seres queridos, si es que aún tenía.

Cuando llego a mi pequeño departamento, entro a mi despacho y me siento frente a al escritorio. En la pared frente a mí, se encuentran los pasos detallados de mi plan. Me acerco y observo las fotografías, mapas, nombres y documentos pegados a la pared. Le doy una última mirada antes de tomar mi encendedor y prender fuego a todo mi esfuerzo de estos últimos dos años. Me quedo un rato frente a las llamas y saco de mi bolso el collar de cuero que le regalé a Antonio: mi trofeo. Observo con satisfacción sus iniciales grabadas en la madera antes de devolverlo a su lugar. Recojo mi bolso y mi abrigo, salgo de mi departamento y camino hacia mi coche. No puedo evitar sonreír mientras el edificio arde en llamas detrás de mí.

— Eliana Valdés